

¿Una especie de industria fabril?

Panorama y perspectiva histórica del mercado editorial en Argentina



Gabriel D. Lerman*

“La literatura es *una especie de industria fabril*, en cuanto sus producciones son obras del arte de escribir, de comunicar, de pensar. Un libro es una manufactura, no sólo como impresión y encuadernación, sino como producción de la inteligencia, como pensamiento, como redacción, como invención, como ciencia, como saber, como estilo. Donde no se fabrican paños, rasos, terciopelos, bretonas, estopillas, cristales, porcelanas, espejos, estatuas, grabados, etc., ¿podrán fabricarse libros pensados, escritos, publicados, como los que aparecen en la Europa más culta?”

Juan Bautista Alberdi, 1872

El mercado editorial y la producción de libros han generado en los últimos años tendencias diferenciales que es válido repensar a la luz de una perspectiva histórica. Mayor concentración en los canales de distribución y venta de productos masivos conviven con circuitos intermedios de producción y venta vinculados a pequeños consorcios de editores independientes que fabrican y distribuyen sus materiales. En 2016 se cumplieron diez años del movimiento surgido alrededor de las FLIA (Feria del Libro Independiente), así como en la primera semana de junio de 2017 se realizó con gran éxito la

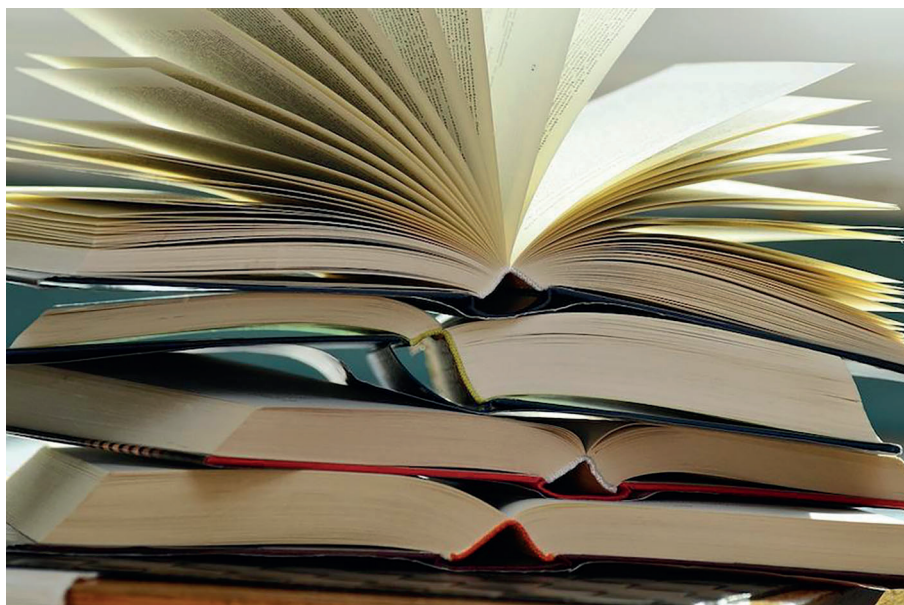
* Docente de Historia de la cultura y Las industrias culturales e investigador de UBA y UNPAZ. Coordinador de Estudios Culturales de la Dirección Nacional de Investigación Cultural de la Secretaría de Patrimonio Cultural, Ministerio de Cultura de la Nación.

6ª edición de la Feria de Editores. Formas distintas de abordar la selección de contenidos, diseños y ediciones más económicas producto de mayores posibilidades tecnológicas y gráficas de gestión.

A diferencia de la música y el cine, con sus problemáticas particulares, el libro argentino independiente se mantiene con estrategias diversas: participación en ferias del libro nacionales y provinciales mediante asociativismo, subsidio estatal con acompañamiento para la participación en eventos, apoyos específicos a la edición. A propósito de estos aspectos es válido reencontrarse con el panorama de una industria cultural que, en los albores de la patria, Alberdi supo definir como una “especie de industria fabril”. Según el pensador y constitucionalista argentino: “Un libro es una manufactura, no sólo como impresión y encuadernación, sino como producción de la inteligencia, como pensamiento, como redacción, como invención, como ciencia, como saber, como estilo”.

El año pasado se editaron en el país 62,6 millones de libros, una baja del 25% en relación a los 83,5 millones de 2015, según datos de la Cámara Argentina del Libro (CAL). **El registro de 2016 representa el valor más exiguo de la serie desde 2010, cuando fueron editados 60,1 millones de libros**; el siguiente aparece en 2005, con 58,9 millones. Los datos fueron elaborados por la Agencia Argentina de ISBN y recopilados por la CAL. Además, **en 2016 la cantidad de empresas editoriales que actúan en el mercado nacional se redujo de 341 a 208, un 18%**.

El comercio exterior de libros es otro dato relevante para evaluar la situación del sector. **El año pasado, las importaciones se ubicaron en 78,5 millones de dólares, un avance del 94,7% frente a 2015**. A la vez, hay datos de los primeros meses de 2017 que marcan los efectos de cambios en la política hacia el sector. La importación de libros demandó entre enero y mayo de este año 47,6 millones de dólares, un 44,3% más que en el mismo período de 2016, según un informe del Centro de Economía Política Argentina (CEPA) elaborado en base a datos del Indec.



Según la CAL, en 2016 se editó un 25% menos de libros que en 2015

La piedra del escándalo ha sido la eliminación de las restricciones y exigencias para el ingreso externo de libros y material gráfico que se habían implementado con la entrada en vigencia de la Resolución 453/2010. Esa norma establecía en su artículo 1 que “los fabricantes nacionales, importadores, distribuidores y comercializadores de tintas, lacas y barnices empleados en la industria gráfica, deberán hacer certificar para los productos mencionados [en la Resolución], la condición de poseer un contenido de plomo inferior a 0,06 gramos por cien gramos (0,06%) de masa no volátil”.

¿Mayor importación implica mayor venta de libros? **En el último año se redujo la venta general de libros entre un 20% y un 25%, por lo que la entrada de libros desde el exterior impacta sobre una menor producción y un menor consumo local.**

Entre 2010 y 2015, como consecuencia de esa mayor exigencia regulatoria, la compra de libros impresos en el extranjero se había reducido de 117,3 a 40,3 millones, y la contracara de esa reducción había sido la recuperación de la industria gráfica nacional de libros. En 2010 se editaron 60,1 millones y en 2014 se alcanzó una producción de 128,9 millones, coincidente con el año fuerte en producción y consumo cultural en ocasión de los festejos del Bicentenario. La cifra se redujo a 83,5 millones en 2015 y, **con la flexibilización de las importaciones, en 2016 la cantidad editada volvió a caer a 62,6 millones, un 25% menos que en 2015 y un 36,6% por debajo del promedio del período 2010-2015**, según datos de la CAL. En su momento, la medida regulatoria de las importaciones había concitado acalorados debates sobre el aspecto aparentemente de censura que implicaba para el país que se pusieran trabas al ingreso de libros editados en el exterior. Menos se atendió al carácter proteccionista que implicaba para la producción del libro argentino, que provocó un crecimiento rápido de la gráfica local.

En un contexto de contracción general en el mercado interno, donde es sabido que el consumo cultural es susceptible de caer ya que no implica una necesidad básica, los factores se complican aún más. Con la disminución de las compras que históricamente realizaban Conabip y los ministerios de Educación de Nación, Provincia y Ciudad, que llegaban a absorber hasta un tercio de la producción del mercado editorial, el panorama presenta dificultades. Medidas positivas del período son, sin embargo, el aumento de los subsidios del Fondo Nacional de las Artes, la continuidad de los proyectos en torno del MICA y MICSUR y la simplificación del régimen exportador reclamado hace tiempo por la CAL.



El libro atraviesa tres procesos básicos: la producción intelectual, la producción material, y la distribución y comercialización.

El libro bajo la lupa

El libro como soporte de acceso a información, entretenimiento, contenidos de ficción, reproducciones de arte plásticas y material pedagógico ha sido por mucho tiempo el principal vehículo de transmisión de saberes de las principales culturas modernas. Si bien el libro tiene una larga vida vinculada a diversas religiones, es a partir del desarrollo de las imprentas y las posibilidades de reproducción mecánica y a escala que alcanza una centralidad como objeto circulante en el mercado. En tal sentido, el libro siempre ha mantenido una vecindad más o menos cercana con las publicaciones periódicas, con diarios y revistas de distintas características, en una relación de retroalimentación. En ocasiones, textos que aparecen primero en formatos periodísticos devienen libros y, en lo estrictamente pecuniario, durante décadas el periodismo y las publicaciones de lo inmediato fueron la actividad laboral primaria de autores y editores, así como muchas veces fueron la base de emprendimientos editoriales de mayor cuantía. Además, la industria editorial comparte con las publicaciones periódicas varios eslabones de la cadena de valor: imprentas, personal técnico, puntos de venta, estructura propietaria, aunque mantenga sus propios circuitos. En el proceso histórico de concentración del capital empresario, las fronteras tendieron a volverse más difusas aún. Si bien este capítulo presenta el panorama de la industria editorial argentina separado de los diarios y revistas, en muchos casos han tenido una vida paralela o conjunta.

En una versión simplificada de su cadena de valor, el libro presenta tres procesos básicos: la producción intelectual, la producción material, y la distribución y comercialización. Aunque los editores articulan los tres momentos en relación con distintos agentes, el primer caso está dominado por los autores, traductores, correctores y diseñadores; el segundo, por los papeleros, los servicios gráficos y

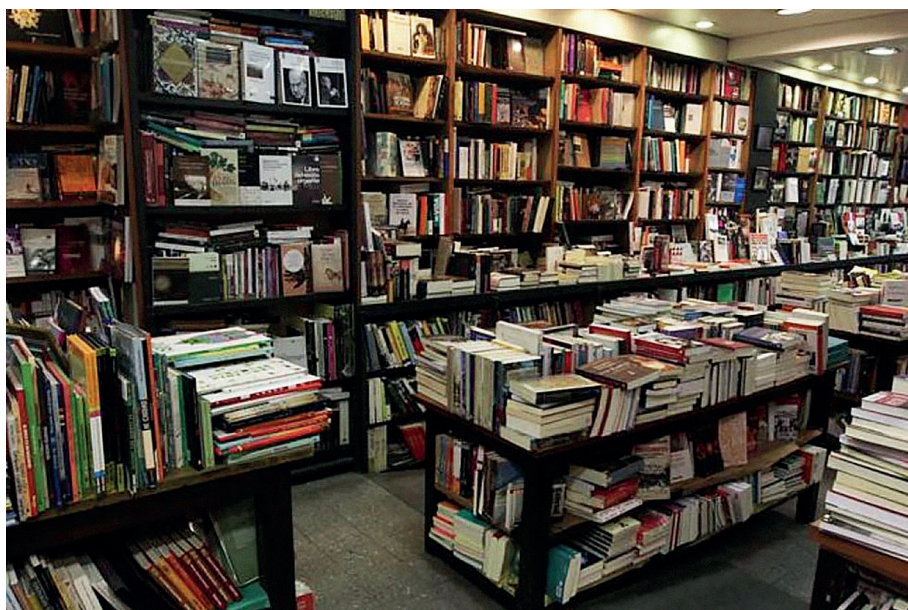
las imprentas y el tercero, por distribuidores, libreros, otros puntos de venta y el comercio exterior. En el extremo final de la cadena aparece el lector, quien a su vez puede relacionarse con el libro a través de su adquisición en el mercado o mediante el acceso a bibliotecas u otras instancias del sistema educativo formal.

La industria editorial muestra en la actualidad una configuración geográfica de marcada concentración en la **Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Con el 7,7% de la población nacional, la capital reúne el 31% de las librerías, el 63,2% de las editoriales y el 67,3% de los títulos editados. Situación que se acentúa más si se considera la cantidad de ejemplares impresos: el 84,2% proviene de allí.**

En cambio, la Provincia de Buenos Aires, que concentra casi un 38% de la población no llega al 17% de las librerías, posee menos del 7% de las editoriales y produce un promedio del 10% de los títulos y los ejemplares nacionales.

El caso de Córdoba pareciera ofrecer un mayor equilibrio entre población, librerías y editoriales, una incidencia menor en los títulos y directamente baja en la cantidad de ejemplares impresos. Con Santa Fe resulta despareja la relación entre población y librerías, y bastante baja con respecto a editoriales y producción editorial.

La Ciudad Autónoma de Buenos Aires posee el 31% de las librerías pero solo el 2,5% de las bibliotecas populares. El AMBA (GBA y Capital) concentra el 50% de las librerías del país, pero dentro de este conglomerado hay profundas diferencias. Mientras que la **ciudad tiene 27 librerías cada 100 mil habitantes**, el cuarto cordón del **GBA** tiene apenas **3,15 librerías por persona**. A la vez, mientras que los distritos metropolitanos o el área pampeana (Buenos Aires, CABA, Córdoba y Santa Fe) tienen el 77% de las librerías, las no metropolitanas tienen el 50% de las bibliotecas populares.



La ciudad de Buenos Aires concentra el 31% de las librerías, el 63,2% de las editoriales y el 67,3% de los títulos que se editan en el país

Los ciclos de la industria

La industria editorial ha sido por décadas uno de los puntales de la cultura argentina, punto de referencia para toda América Latina y el mundo de habla en español. Hacia mediados de la década del setenta, el país producía unos 50 millones de ejemplares al año, cifra que diez años más tarde había caído a 17. A partir de la devaluación, Argentina recuperó condiciones favorables e inició una franca recuperación: de 38 millones de libros en 2003 se pasó a 56 en 2004. Esto coincide con los mejores años de la economía posterior a la salida de la convertibilidad, con tasas de crecimiento del PBI superiores al 8%, recuperación del empleo y de la capacidad adquisitiva.

Hacia mediados de los años treinta, se produce el primer auge internacional de la industria editorial en Argentina, vinculado fuertemente a un proceso de sustitución de importaciones del libro español por la Guerra Civil. La ocupación del mercado internacional del libro en habla hispana por parte de la Argentina (1938-1955), convierte al país en la gran “traductora y editora” para América Latina y España. En respuesta a las exigencias de la producción autoral, el Estado interviene en el sector con la sanción, en 1933, de la Ley N° 11723 de Propiedad Intelectual, impulsada por el diputado Roberto Noble. La ley establece el derecho de propiedad de los creadores e intérpretes sobre sus obras, les otorga la facultad de disponer libremente de las mismas y establece el criterio de retribución económica por su reproducción o explotación comercial. Esta ley, reconocida como de avanzada en América Latina, sirvió de fundamento a la creación o reformulación de diversas entidades autorales y de intérpretes como SADAIC (Sociedad Argentina de Autores y Compositores), fundada en 1936; ARGENTORES (Sociedad General de Autores de la Argentina) en 1934; y AADI (Asociación Argentina de Intérpretes) en 1954; que se sumaban a la SADE (Sociedad Argentina de Escritores), fundada en 1928.

Entre 1936 y 1946 se producen los primeros años de la llamada “época de oro” de la industria editorial. La producción se multiplica por más de diez en 10 años y solo entre 1937 y 1938 se duplica. Durante ese período se registra entre un 30 y un 50% de crecimiento anual. En 10 años aumenta seis veces la producción de títulos, a razón de un crecimiento anual de entre el 40 y el 50% (salvo el año 1938, en que la actividad alcanzó un 100% de incremento).

En cuanto a la distribución geográfica de imprentas y editoriales, entre 1937 y 1938, mientras que en la Capital se duplica la producción de libros, en el interior prácticamente se triplica. No obstante, a lo largo del período, mientras que en la Capital crece seis veces, en el interior lo hace por tres. ¿Qué había pasado? La Guerra Civil Española produjo un éxodo de casas editoriales hacia América, principalmente a Argentina y a México. Estaba por gestarse la que sería, por años, la industria editorial más poderosa de habla hispana. Según reseña el autor mexicano Sealtiel Alatríste, a mediados del siglo XX los argentinos “habían traducido todas las novelas y autores que serían grandes éxitos en la España posfranquista: Albert Camus, Jean Paul Sartre, Virginia Woolf, William Faulkner, James Joyce, Thomas Mann. Prácticamente toda la literatura mundial estaba al alcance de los lectores gracias al empuje de los editores argentinos”.

Durante el año 1944, las exportaciones argentinas de libros aumentaron un 80% respecto del año anterior, alcanzando los 20.433.800 ejemplares, cifra que se reiteraría al año siguiente.

De 1935 a 1943, la cantidad de imprentas del país aumentó más de un 33%, pasando de 1.285 a 1.762 (García, 1965). A lo largo de esos años, se produce un crecimiento anual cercano al 15% tanto entre los establecimientos como entre el personal empleado. Según la misma fuente, durante el año 1946 los establecimientos gráficos llegan a 2.391, aumentando un 40% respecto de dos años atrás, mientras que los obreros del sector llegan a 26.265, también creciendo en un 40%.

A partir de 1946, el peronismo mantiene el período ascendente de la industria editorial que, sin desmayos, se prolongaba ininterrumpidamente desde una década atrás. Ese año se alcanzó el punto más alto, con casi 34 millones de ejemplares editados, que solo será superado con la extraordinaria producción de 1953 –uno de los tres hitos de toda la historia editorial argentina–, que rozó los 51 millones de libros editados. Sin embargo, entre medio, aparecen ciclos descendentes: en 1948 se produce una baja a casi 23 millones y, en el difícil año 1955, comienza una caída que se mantendrá algunos años, con 22 millones. Entre 1956 y 1958, la producción de ejemplares se desploma cerca de un 25%, aunque la cantidad de títulos muestra una leve mejoría.

En 1966 comienza otra etapa de crecimiento con tasas promedio del 10% que se prolongará, salvo algún altibajo, durante la década siguiente, hasta lograr un ápice en 1974 con casi 50 millones de ejemplares editados, prácticamente la misma cantidad que en 1953. Vale señalar que estas cifras solo serán superadas a partir de 1993, en otro contexto social, político y productivo de la Argentina.

En cuanto a las exportaciones, hay que señalar que las correspondientes al período 1956-1975 presentan una mayor regularidad. Si bien entre 1956 y 1962 se mantienen en los 10 millones de ejemplares promedio, en 1963 –año del regreso a la democracia– crecen aproximadamente un 80%, superando los 16 millones. Esa cifra aumentará cerca de un 10% en los dos años siguientes hasta promediar los 19 millones, cantidad que se mantiene hasta 1973.

Por el contrario, a partir de 1976 se produce un tercer momento caracterizado por una crisis profunda que afecta tanto las condiciones simbólicas como productivas, con una pérdida de posición de la Argentina frente a países como España, México y Colombia, crisis que solo tímidamente se corrige con la vuelta de la democracia en 1983 y que dura hasta la salida de la hiperinflación (1976-1991).

A partir de allí, Argentina recupera niveles de producción y de comercio exterior, pero con una participación más modesta en la definición de los catálogos de habla hispana, con una fuerte presencia del capital extranjero, predominantemente español, y una concentración de las casas editoras en pocas manos y en menos espacios geográficos. La salida de la convertibilidad, mediante una vasta devaluación, mejora las condiciones exportadoras de la producción local y la lleva a niveles sin precedentes (1992-2010).

De todas formas, la recuperación económica no aparece necesariamente ligada a un impacto simbólico como en las otras dos “épocas de oro”. El tipo de libro que se produce genera interrogantes y, al

menos, ya no forma parte de un paradigma cultural de largo alcance como podrían ser las colecciones de EUDEBA, Siglo XXI o el Centro Editor de América Latina de la década del sesenta, sino que el volumen está más ligado a libros de autoayuda, de nuevas espiritualidades o al best seller de actualidad.

Esta etapa contiene a su vez dos momentos claramente distintos cuya bisagra es la crisis general de 2001-2002. En la etapa posterior, el mercado interno reanuda la impresión, se produce una mejora en el empleo de la industria, mayores niveles de exportación y, como resultado adicional de estas condiciones, el surgimiento de un tipo nuevo de editorial, de cuño alternativo o independiente, que comienza a reponer los espacios simbólicos de catálogos cuidados que la masividad editorial había reducido.



Eloísa Cartonera fue la primera editorial “cartonera” (autogestiva y cooperativa) de Argentina, creada en 2002 por el escritor Washington Cucurto y el artista plástico Javier Barilaro

¿Con la democracia se edita?

Con el regreso de la democracia a fines de 1983, si bien la producción de libros comienza una leve recuperación, en ningún caso recobrará los niveles previos a 1975. Al menos hasta 1992. Es decir, tomando como base el año 1983 (cuando la producción presentó uno de sus índices más bajos), en los tres años siguientes se operará una mejoría sostenida hasta superar los 24 millones de ejemplares en 1986.

Por ejemplo, en 1984 se editó un 20% más que el año anterior. Y en 1985 un 40% más respecto de 1984. De todas formas, durante los ochenta se mantendrán niveles parecidos a la segunda mitad de los setenta, con un deterioro particular en el momento de la hiperinflación 1989-1991.

En 1991, se produce una nueva caída histórica a 13 millones de ejemplares, solo comparable a los años 1940-1941, mucho más dramática si se consideran las diferencias en el tamaño de la población lectora y en el desarrollo de la industria editorial en particular. Uno de los hechos que más contribuyó al estancamiento del sector gráfico desde mediados de los setenta fueron los elevados gravámenes a la importación de bienes de capital, máquinas y equipos. Con los años, esto produjo una creciente obsolescencia tecnológica agravada por el elevado costo de los insumos gráficos (el papel y las tintas).

Entonces, la industria editorial argentina encontró ventajas en la impresión en el exterior, sobre todo en países como Chile, Brasil y Uruguay. Por otra parte, desde mediados de los ochenta, se sintieron los efectos de la “reprografía” ilegal, sobre todo en el sector de la enseñanza universitaria.

A partir de 1992, como consecuencia del inicio del plan de convertibilidad, la desregulación y el ingreso de capitales, se produjo una modificación en el perfil de la industria editorial. Si bien se verifican oscilaciones (por ejemplo, en 1993 y 1994), las marcas de exportación vuelven a superar los 20 millones de ejemplares, situación que no se registraba desde la primera mitad de la década del setenta.

Según el editor Guillermo Schavelson,¹ en los noventa subió la venta de libros pero no de libros científicos y técnicos, de enseñanza o literatura, sino de títulos de autoayuda o espiritualidad. Se destaca el año 1998, con un récord histórico exportador de 41,5 millones de ejemplares.

Entre los años 2000 y 2003 se produjo otra contracción, que sin embargo no perforó el piso de 20 millones. Finalmente, con el cambio de modelo productivo posterior a la devaluación, francamente exportador, se llegó a marcas nunca registradas: en 2005 más de 45 millones de ejemplares vendidos en el exterior y en 2006 unos 52,5 millones.

Con los datos a la vista y, sobre todo, teniendo en cuenta los vaivenes producidos, tal vez sea hora de generar una estabilidad mayor en las políticas públicas, destacando lo bueno de cada período y haciendo valer las voces de los distintos actores del sector.

Bibliografía

- Alatraste, S. (2005). *El mercado editorial en lengua española*. Recuperado de http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/title/quot-mercado-editorial-lengua-espa%C3%B1olaquot/id/51983650.html
- Azpiazu, D. y Schorr, M. (2008). Continuidades y rupturas en la industria argentina: del “modelo de los noventa” a la posconvertibilidad. Reflexiones preliminares. En *Realidad Económica*, (240).
- D'Alessio, F. (s.f.). *Nuevos actores en un contexto de crecimiento: el sector editorial en la Argentina de la posconvertibilidad* (inédito).
- De Diego, J. L. (2004). *Políticas editoriales e impacto cultural en Argentina (1940-2000)*. Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina. www.fahce.unlp.edu.ar
- De Sagastizábal, L. (1995). *La edición de libros en la Argentina*. Buenos Aires: EUDEBA.

¹ Schavelson, G. (07-03-2002). Las futuras generaciones, comprometidas. *Clarín*.

García, E. A. (1965). *Desarrollo de la industria editorial argentina*. Buenos Aires: Fundación Interamericana de Bibliotecología Franklin.

Getino, O. (2008). *El capital de la cultura. Las industrias culturales en Argentina*. Buenos Aires: CICCUS.

Argentina, Secretaría de Cultura de la Nación (2010). *Valor y símbolo. Dos siglos de industrias culturales en la Argentina*. Buenos Aires: SInCA.

Rivera, J. B. (1998). *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires: Atuel.

Romero, L. A. (1986). *Libros baratos y cultura para los sectores populares*. Buenos Aires: CISEA.

Trenti Rocamora, J. L. (2000). *Qué hacer con mi libro*. Buenos Aires: Dunken.

Zallo, R. (1988). *Economía de la comunicación y la cultura*. Madrid: Akal.

Editoriales populares

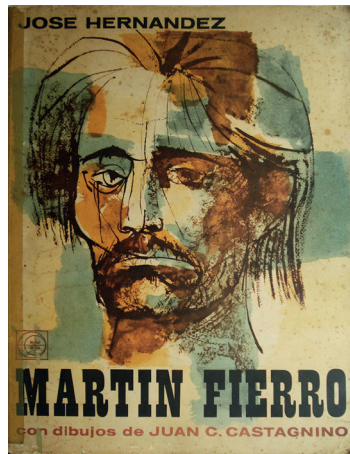
EUDEBA (Editorial Universitaria de Buenos Aires) se fundó en 1958. Según escribió Leandro de Sagastizábal en 2008, en ocasión del cincuentenario, “el lema que caracterizó su propuesta editorial, *Libros para todos*, expresó de manera clara y contundente la intencionalidad en tal sentido”.

Figura clave en el desarrollo de esa línea editorial, Boris Spivacow fue el Quijote de la transformación del libro en los años '60. A partir de iniciativas, más o menos radicales popularizó a EUDEBA y la convirtió en una editorial exitosa.

Figuras 1 y 2



Quiosco de EUDEBA en una plaza de Buenos Aires.



En 1966, lanzó la edición especial de *Martín Fierro*, con tapas blandas y formato tabloide, ilustrada por Juan Carlos Castagnino. A consecuencia del golpe de Onganía, la editorial suspendió la conferencia de prensa y el libro salió a la calle sin promoción alguna.

Una semana más tarde, finalmente, se concretó la rueda de prensa con 29.500 ejemplares ya vendidos. En carta² dirigida a sus empleados, Spivacow contó que el “resultado ha sido tan extraordinario para EUDEBA que todo lo que les diga es poco. Los librereros comenzaron comprando de a poquito, pero siguieron comprando cada vez más y el viernes solamente se llevaron 4.000 ejemplares. Fausto compraba de a 100 ejemplares por día y llenaba la vidriera de *Martín Fierro*. [...] Castagnino está inaguantable: *Martín Fierro* se le subió a la cabeza. Ha realizado un trabajo buenísimo, pero se olvida que, desgraciadamente, Van Gogh había realizado un trabajo mejor y se murió sin que su nombre trascendiera. Aquí el único inteligente y genial es el gerente... He pedido papel para hacer una reimpression de 70.000 ejemplares más y de 3.000 ejemplares de la edición plastificada para librerías. Creo que mis cálculos de que se venderán 200.000 ejemplares en un año esta vez a lo mejor se cumplen”.



El *Martín Fierro* ilustrado por Juan Carlos Castagnino y *Papeles de Macedonio Fernández*, por Felipe Noé.

² En Maunás, D. (1995). *Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino*. Buenos Aires: Colihue.

En mayo de 1967 Boris Spivacow, ya fuera de EUDEBA, promueve la fundación del Centro Editor de América Latina (“el CEAL”). Según su relato:³ “Algunos de los tipos que nos fuimos de EUDEBA –yo entre ellos– pusimos pequeñas sumas de guita. Había muchos profesores, escritores, intelectuales, gente ligada de una u otra manera a EUDEBA. Les dijimos lo que pensábamos hacer: una editorial de características similares a EUDEBA. Formamos una sociedad anónima y ellos aportaron el dinero para esa sociedad. Poco, en general nadie aportaba mucho dinero. Primero porque no teníamos gente amiga con plata, y segundo porque el Centro Editor no se presentaba como un negocio, se presentaba como una empresa cultural que quería llevar adelante un plan intelectualmente importante. No decíamos ‘Usted va a perder guita’, pero tampoco decíamos ‘Usted se va a hacer millonario’”.



Ediciones características del CEAL

3 *Ibíd.*